

DECLARACION DE COCOYOC

En octubre de 1974 tuvo lugar en Cocoyoc (México) un simposio sobre modelos de utilización de recursos, medio ambiente y estrategias de desarrollo, organizado por el PNUMA y la UNCTAD. Aunque sin valor oficial como documento de obligado cumplimiento, la Declaración de Cocoyoc ha quedado para muchos como modelo de desarrollo adaptado al hombre.

Declaración de Cocoyoc aprobada por los participantes en el simposio PNUMA/UNCTAD sobre «modelos de utilización de recursos, medio ambiente y estrategias de desarrollo», celebrado en Cocoyoc, México, del 8 al 12 de octubre de 1974 (*)

Han pasado treinta años desde que, con la firma de la Carta de las Naciones Unidas, se iniciaron los esfuerzos tendentes a tratar de establecer un nuevo orden internacional, intento que en estos días se encuentra en un punto crucial. Las expectativas de lograr una vida mejor para toda la familia humana se han visto frustradas en gran medida al haberse comprobado la imposibilidad material de llegar a satisfacer los límites internos

(*) Distribuida de conformidad con la decisión adoptada por la Comisión en su 1622.^a sesión, celebrada el 1 de noviembre de 1974.

de las necesidades humanas más fundamentales. En nuestros días, en efecto, en el mundo hay más hambrientos, más personas que carecen de techo y más analfabetos que cuando se creó la Organización de las Naciones Unidas.

A la vez, nuevas e imprevistas preocupaciones han empezado a oscurecer aún más las perspectivas internacionales. El deterioro ambiental y la presión cada vez mayor sobre los recursos existentes han llegado a hacer pensar que incluso peligran hasta los límites externos y con ello la existencia física misma del planeta.

A estas preocupaciones debe agregarse la de que en los próximos treinta años la población mundial se habrá duplicado: otro mundo, sumado al actual, con el mismo número de individuos, necesidades y esperanzas.

Tan graves presiones críticas no deben, sin embargo, llevar al desaliento al ser humano si se da cuenta de que a base de nuevas iniciativas tiene en su mano la posibilidad de hacer los cambios necesarios para remediar la situación.

Debemos subrayar ante todo el hecho de que el fracaso de proporcionar «una vida segura y feliz» para todos no se debe a ninguna falta real de recursos en la actualidad y que el problema de nuestros días no es de escasez, sino de mala distribución económica y social y de inadecuada utilización. El predicamento ante el que se encuentra la humanidad se deriva esencialmente de las estructuras económicas y sociales y del comportamiento que se sigue tanto dentro de los países como en las relaciones entre unos y otros.

Una gran parte del mundo no ha podido superar todavía las consecuencias históricas específicas de casi cinco siglos de control colonial, durante los cuales el poder económico se concentró en forma predominante en un reducido grupo de países. Por eso en la actualidad, por lo menos tres cuartas partes del ingreso mundial de la inversión, los servicios y casi la totalidad de la investigación se encuentra en manos de la cuarta parte del mundo.

Y no se debe pensar en que la solución de estos problemas se puede dejar en manos del automatismo de los mecanismos del mercado. El mercado tradicional pone los recursos a disposición

de quienes los pueden adquirir y no en las de quienes los necesitan; ello implica el estímulo de demandas artificiales, la generación de desperdicios en el proceso productivo y, lo que es más grave, la subutilización de los recursos mismos. En el sistema internacional, los países poderosos se aseguraron las materias primas provenientes de los países pobres a precios bajos (por ejemplo, el precio del petróleo se redujo drásticamente entre 1950 y 1970), absorbieron todo el valor agregado del proceso de su transformación y volvieron a vender a los países pobres aquellas mismas materias primas bajo la forma de productos manufacturados, con frecuencia a precios monopolísticos altísimos.

Al mismo tiempo, el excesivamente bajo precio de las materias primas importadas permitió a los países industrializados hacer de ellas un uso inadecuado en muchos casos, e incluso desperdiciarlas. La energía vuelve a servir de ejemplo: el precio de petróleo, a poco más de dólar por barril, estimuló el incremento de su utilización a una tasa de entre el 6 y el 11 por 100 anual. En Europa, sin ir más lejos, ese bajo precio impulsó un incremento anual en la matrícula de automóviles del 20 por 100. Ciertamente, el hecho de que los ricos se apropien de los recursos en esa forma desproporcionada daña gravemente los intereses a largo plazo de los pobres al poner en peligro su eventual acceso a recursos que les son imprescindibles para su desarrollo y aumentar enormemente sus costos. Esta es una razón adicional para crear un nuevo sistema de evaluación de recursos que tenga en cuenta los beneficios y las cargas para los países en desarrollo.

El efecto global de estas relaciones económicas distorsionadas puede observarse claramente en los contrastes del consumo. Un niño norteamericano o europeo consume en promedio escandalosamente más que un indio o un africano; ello conduce a atribuir equivocadamente sólo al crecimiento demográfico del Tercer Mundo la presión sobre los recursos mundiales.

El crecimiento demográfico implica, por supuesto, un elemento de presión creciente sobre la oferta mundial de recursos. El planeta es finito; por eso es imposible mantener indefinidamente la multiplicación tanto de la población como de los recursos, aparte de que la escasez de algunos pudiera producirse

en ciertos lugares antes de que se presente cualquier perspectiva de su agotamiento general. Se debe establecer cuanto antes, por lo tanto, la política más adecuada para la conservación de los recursos, dentro del marco de un nuevo orden económico y comprendiendo cabalmente que esos recursos son, en definitiva, escasos, en vez de seguirse insistiendo en la desaprensiva capacidad actual. Lo cierto es que, en la situación mundial de nuestros días, las enormes diferencias de consumo per cápita que existen entre la minoría rica y la mayoría pobre tiene efectos mucho más graves sobre el agotamiento de los recursos que su escasez relativa. Algo más puede agregarse: si es cierto que la falta de recursos para un pleno desarrollo humano es —como se reconoció claramente en la Conferencia de Bucarest sobre Población— una de las causas más evidentes del crecimiento demográfico explosivo, igual de cierto es que privar a los pueblos de los medios de desarrollo significa agravar directamente los problemas demográficos que confronta.

Estas desiguales relaciones económicas son las que contribuyen más directamente a las presiones ambientales. Los bajos precios de las materias primas han venido a constituir un factor decisivo en el incremento de la contaminación y además han alentado el desperdicio y una economía de despilfarro entre los ricos. La pobreza en que se encuentran los países en vías de desarrollo ha obligado a menudo a su población a cultivar tierras marginales, con el peligro consiguiente de erosionar los suelos, o la ha obligado a emigrar a ciudades ya sobresaturadas.

Tampoco los daños que se han recibido por causa de la excesiva confianza en el actual sistema de mercado han afectado sólo a las relaciones internacionales. La experiencia de los últimos treinta años demuestra el hecho de que, de haberse perseguido el crecimiento económico exclusivamente a base del mercado y llevado a efecto por las élites más poderosas, ha tenido los mismos resultados destructivos también en los países en desarrollo, donde el 5 por 100 más rico de la población ha recibido todas las ganancias, mientras el 20 por 100 más pobre se ha ido empobreciendo más cada vez. A nivel local, como a nivel internacional, los males de la pobreza material se han agregado a la falta de participación, de dignidad humana y de cual-

quier tipo de poder de los menesterosos, retirándoles cualquier posibilidad de determinar su propio destino.

Nada justifica más claramente la necesidad de reformar el actual orden económico y de hacerlo que la crisis por la que atraviesan los mercados mundiales estos últimos dos años. La triplicación del precio de los alimentos, los fertilizantes y los productos manufacturados, en la estela de la inflación mundial, ha causado el mayor daño a los países más pobres del mundo, hasta el extremo de que este invierno el riesgo de la enorme escasez de todos los alimentos en algunos lugares amenaza la vida de millones de habitantes del Tercer Mundo, y no es que se trate de una escasez total, porque los cereales existen, pero están siendo consumidos en otras partes por personas muy bien alimentadas. El consumo de este alimento en los Estados Unidos y el Canadá ha experimentado desde 1965 un incremento de 160 kilogramos per cápita anual, cuando resulta que consumen además, principalmente en productos de carne, 855 kilogramos. Esos 160 kilogramos de cereales equivalen casi al consumo alimenticio total anual de un habitante de la India.

Los norteamericanos de ninguna manera estaban muriéndose de hambre en 1965, y desde entonces ese incremento de su alimentación ha contribuido al superconsumo, que incluso perjudica su salud. En términos físicos, no deberían, pues, faltar alimentos este invierno; bastaría que los ricos renunciasen a una pequeña parte de sus «excedentes» para colmar el déficit alimenticio de Asia.

Difícilmente se puede encontrar un ejemplo más claro de la afirmación de que el superconsumo de los países más ricos contribuye directamente al subconsumo de los más pobres.

La cuadruplicación de los precios del petróleo—causada por una acción combinada de los productores—ha venido a cambiar bruscamente el equilibrio de poder en los mercados mundiales y a redistribuir considerables recursos en favor de algunos países del Tercer Mundo. Esto ha tenido por efecto un decisivo cambio en el equilibrio de las ventajas en el comercio del petróleo y de colocar 100.000 millones de dólares al año a disposición de alguna de las naciones del Tercer Mundo. Aparte de ello, y en un área de trascendental importancia para las economías de los

países industrializados, un cambio profundo de poder les ha dejado expuestos a una situación bien conocida por los países del Tercer Mundo: la falta de control sobre decisiones económicas vitales.

Nada podría ilustrar mejor que el grado de dependencia del sistema de mercado mundial—que ha venido operando ininterrumpidamente para aumentar la riqueza y el poder de los ricos y mantener la precaria situación de los pobres—no está basado en circunstancias físicas inalterables sino en relaciones políticas que pueden por su propia naturaleza experimentar profundos cambios y transformaciones. En cierto sentido, un nuevo orden económico está ya luchando por nacer y la crisis del antiguo pudiera darle la oportunidad de surgir definitivamente.

Es asimismo cierto que en estos momentos el panorama mundial sólo parece ofrecernos confrontaciones, malos entendimientos, amenazas y enojosas disputas. Pero repetimos una vez más que no hay razón para desesperar. La crisis puede suponer también, llegado el momento de la verdad en el que los países empiezan a comprender, que el viejo sistema está en bancarrota y que por eso se necesita buscar el marco de un nuevo orden económico.

La misión de los hombres de Estado en estos momentos consiste, por consiguiente, en tratar de encaminar a todos los pueblos, con todas sus diferencias e intereses, poderes y fortunas, hacia un nuevo sistema para alcanzar los límites internos que permitan cubrir las mínimas necesidades humanas de toda la población mundial sin afectar a los límites externos de los recursos ni al medio ambiente del planeta. Porque estamos convencidos de que ello es, al mismo tiempo, vital y posible, se sugieren aquí algunos cambios en las políticas económicas que tienden al desarrollo equilibrado y a la conservación del planeta y nos parecen los componentes esenciales del nuevo sistema.

1. *Objetivos del desarrollo*

Nuestra preocupación primordial consiste en definir de nueva cuenta los propósitos globales del desarrollo. No debe tratarse del desarrollo de los objetos, sino del desarrollo del hombre. Los

seres humanos tienen como necesidades básicas el alimento, la vivienda, el vestido, la salud y la educación. Cualquier proceso de crecimiento que no lleve a la plena satisfacción de estas necesidades o, peor aún, que obstruya cualquiera de ellas es, en realidad, una parodia de la idea del desarrollo. Todavía nos encontramos en la etapa en que la principal preocupación del desarrollo debe ser alcanzar la satisfacción de las necesidades básicas para los estratos más pobres (que puede llegar a sumar hasta un 40 por 100 de la población).

El primer objetivo del crecimiento tiene que consistir, pues, en asegurar el mejoramiento de las condiciones de vida de esos grupos.

Los procesos de crecimiento que benefician únicamente a las minorías más prósperas y mantienen o aumentan las disparidades entre países, y la situación de sus habitantes dentro de ellos, no puede considerarse «desarrollo». Es explotación. Y ha llegado el momento de iniciar el verdadero tipo de crecimiento económico, es decir, el que permita lograr una mejor distribución de la riqueza y la satisfacción de las necesidades básicas para todos.

Los treinta años transcurridos viviendo con la esperanza, nunca convertida en realidad, de que un rápido crecimiento económico habría de beneficiar primero a la minoría para alcanzar después a la masa de la población, nos ha demostrado que se trataba en realidad de un espejismo. Debe rechazarse, en consecuencia, la validez de la premisa tan repetida: «crecer primero y distribuir los beneficios después con justicia».

Pero el desarrollo tampoco debe limitarse a la satisfacción de las necesidades básicas: hay también otras necesidades, otras metas y otros valores. Incluye la libertad de expresión, el derecho a manifestar y recibir ideas y estímulos porque es profunda la necesidad social de participar en la configuración de las bases de nuestra propia existencia y de contribuir (en alguna medida) a modelar el mundo del futuro. El desarrollo incluye sobre todo el derecho al trabajo; no en el sentido de obtener simplemente un empleo, sino en el de que cada cual se sienta plenamente realizado en una ocupación; es el derecho a no verse alienado por causa de uno de esos procesos de producción en los que el ser humano es usado simplemente como una herramienta.

2. *La diversidad del desarrollo*

Muchas de las necesidades, metas y valores que se hallan por encima de lo material dependen de que las necesidades básicas que son nuestra principal preocupación estén satisfechas. No se ha llegado todavía a ningún consenso en lo que respecta a las estrategias más apropiadas para la satisfacción de esas necesidades, pero pueden citarse buenos ejemplos obtenidos incluso en países pobres por los que se demuestra que el punto de partida para el proceso de desarrollo varía considerablemente de un país a otro por razones culturales, históricas y otras. De ello se deduce que son diversos los caminos por los que puede alcanzarse el desarrollo. Debe rechazarse, en consecuencia, el criterio unilateral por el que se considera que para alcanzarlo se precisa imitar el modelo histórico de los países que por diferentes razones resulta que son ricos en nuestros días, y por la misma razón rechazarse el concepto de la «brecha» en el desarrollo. La finalidad verdadera del mismo debe consistir en asegurar un cierto nivel de vida para todos basada en una producción susceptible de satisfacer las necesidades de las generaciones futuras.

Se ha aludido a la satisfacción mínima de las necesidades básicas, pero hay también un desarrollo para el alcance de un nivel máximo: hay techos y suelos. El hombre debe comer para vivir, pero también puede estar sobrealimentado. Parece absurdo producir y consumir cada vez más, si como resultado se necesita aumentar constantemente el consumo de tranquilizantes y el uso de los hospitales mentales. Del mismo modo que la capacidad del hombre para la absorción de bienes materiales es limitada, lo es la capacidad de absorción de la biosfera. Sin embargo, hay países que la invaden de una forma totalmente desproporcionada a la población que tienen con respecto a la mundial. Crean con ello problemas ambientales, tanto para sí mismos como para los demás.

El mundo se enfrenta en la actualidad, pues, no sólo con las anomalías del subdesarrollo, sino con tipos de desarrollo de sobreconsumo que violan los *límites interiores* del hombre y los *límites exteriores de la naturaleza*. Ante esta situación debemos

preocuparnos de volver a definir nuestras metas, estrategias nuevas de desarrollo, y nuevos estilos de vida que incluyan pautas de consumo menos exageradas entre los ricos. Aunque se precisen cubrir antes que nada las necesidades mínimas, habrá que encontrar estrategias de desarrollo para los países opulentos, en su propio interés, que les ayuden a establecer pautas de vida más humanas y menos explotadoras de la naturaleza, de los demás y de ellos mismos.

3. *La confianza en sí mismo (self-reliance)*

Estamos persuadidos de que una estrategia básica de desarrollo debe tender a incrementar la confianza de un país en sí mismo, lo cual no significa autarquía sino hacer todo lo posible por sacar los mayores beneficios del comercio y de la cooperación para todos sus habitantes y una redistribución más justa de los recursos para satisfacer las necesidades básicas de todos ellos. Significa que cada país tenga confianza en sí mismo, se apoye en sus propios recursos humanos y naturales y se considere dueño de la capacidad autónoma necesaria para fijarse sus propias metas y tomar sus propias decisiones. Excluye ello la dependencia de influencias y poderes externos que puedan convertirse en presiones políticas, así como los tipos de comercio que tienen el carácter de explotación comercial y privan a los países de los recursos naturales que requiere su propio desarrollo. Es de comprender que haya lugar para la transferencia de tecnología, pero debe consistir específicamente en la adaptación de la que se recibe en las condiciones locales y en la generación de una propia; ello implica una descentralización de la economía mundial y, a veces, también de la economía nacional con objeto de inducir el sentido de participación. Implica además una mayor cooperación internacional dirigida especialmente a fomentar la autoconfianza colectiva, pero implica, sobre todo, confiar en la capacidad de los nacionales y de los países mismos para inventar y generar nuevos recursos y técnicas con objeto de aumentar sus posibilidades de absorberlos, utilizarlos para beneficio social, controlar la economía y establecer una forma de vida propia.

La educación para adquirir una plena conciencia y una plena participación social habrá de representar un papel fundamental en este proceso y tendrá que analizarse el grado en que ello sea compatible con los patrones de enseñanza en vigor.

Para llegar a esta situación de confianza en sí mismo se necesitarán a menudo básicos cambios económicos, sociales y políticos en la estructura de la sociedad. También habrá de desarrollarse un sistema internacional compatible con esa estructura social capaz de fomentar la autoconfianza.

Esta confianza en sí mismo a nivel nacional pudiera implicar también un retiro temporal del sistema económico vigente, puesto que puede resultar imposible lograrla manteniendo una participación total en ese sistema que perpetúa la dependencia económica. Gran parte del mundo actual es ahora el centro explotador de una inmensa periferia, del patrimonio común universal y de la biosfera. Se debería aspirar a alcanzar el ideal de un mundo armonioso en el que cada parte fuera un centro, que no viviera a expensas de nadie, estuviera asociada a la naturaleza y mostrara su solidaridad con las generaciones futuras.

Existe, sin duda, una estructura del poder internacional que se resistirá a cualquier cambio en esa dirección, y con arreglo a métodos bien conocidos: conservación a todo trance de las posiciones indebidas que tiene en los mecanismos del mercado internacional, múltiples formas de manipulación económica, retiro y suspensión de créditos, embargos, sanciones económicas, uso subversivo de agencias de inteligencia, represión, incluyendo torturas, operaciones contrarrevolucionarias e incluso intervenciones declaradas en gran escala.

A los que contemplan el uso de tales métodos se les debe decir: «Por favor, no lo hagan. Permitan a los países elegir el camino que les parezca más apropiado para lograr una vida más plena para sus ciudadanos.» A quienes se convierten—a veces inconscientemente—en las herramientas de la opresión (catedráticos, hombres de negocios, policías, soldados y tantos otros) habría que repetirles: «No permitan que se les utilice para negar a otro país el derecho a desarrollarse.» A los que se dedican a las ciencias naturales y sociales y contribuyen al diseño de instrumentos de opresión se les diría: «El mundo necesita

de su talento para fines constructivos, para desarrollar nuevas tecnologías en beneficio del ser humano, que no dañen al medio ambiente.»

4. *Sugerencias para la acción*

Hacemos la más enérgica llamada a los líderes políticos, a los gobiernos, a las organizaciones internacionales y a las comunidades científicas para que dediquen su imaginación y sus recursos a construir y poner en práctica lo más pronto posible programas dirigidos a satisfacer las necesidades básicas de los pueblos más pobres del mundo, incluyendo—cuando corresponda—la distribución entre ellos de bienes en especie. Tales programas deberán ser diseñados de manera que aseguren una conservación adecuada de los recursos y la protección del medio ambiente.

Estamos persuadidos de que la tarea indicada será más fácil de llevar a cabo instituyendo un orden económico internacional más equitativo donde exista una mayor cooperación.

Estamos conscientes de que el sistema mundial y las políticas nacionales no pueden rectificarse de la noche a la mañana; los cambios más importantes que deberán hacerse para responder a los críticos desafíos con los que se enfrenta la humanidad en este momento crucial de la historia necesitan tiempo para madurar. Pero deben emprenderse de inmediato e impulsarse cada vez con más ímpetu.

La sesión extraordinaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas sobre el Nuevo Orden Económico es el debido punto de partida que respaldamos firmemente; también consideramos, sin embargo, que es un paso muy preliminar que debe transformarse en una actividad internacional arrolladora.

Estimamos que la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados propuesta por el presidente de Méjico, Lic. Luis Echeverría, que se discute actualmente en el seno de las Naciones Unidas, implica un paso decisivo hacia el objetivo propuesto y solicitamos que se adopte lo más pronto posible.

En el marco de las soberanías nacionales referente a los recursos naturales, los gobiernos y las instituciones internacionales deberían ocuparse del mejor aprovechamiento de todos ellos,

así como de la protección del medio ambiente a escala global. El primer objetivo que debe perseguirse es proporcionar el beneficio de estos recursos a los más necesitados y de acuerdo con el principio de solidaridad hacia las generaciones futuras.

Los presentes nos pronunciamos por el establecimiento de regímenes internacionales firmes para la explotación del patrimonio común universal, que se sobrepongan a cualquier jurisdicción nacional. Insistimos en la importancia que tiene el fondo de los mares y el subsuelo, así como posiblemente la masa de agua que los cubre. Deberá establecerse un régimen en el que estén representados todos los países del mundo, sin favoritismos ni discriminaciones para ninguno, que tenga jurisdicción sobre la parte mayor de la superficie de los océanos. Este régimen tendrá por misión ir estableciendo gradualmente el tipo de conservación de los recursos y la tecnología más apropiados desde el punto de vista ambiental, y cuantos se consideren necesarios para explorar, desarrollar, procesar y distribuir los recursos oceánicos en beneficio de quienes más pueden necesitarlo.

El uso de los bienes comunes internacionales debe dedicarse obligatoriamente al beneficio de los estratos sociales más necesitados de los países más pobres. Un derecho de peaje impuesto a los barcos que viajan por alta mar podría ser, por ejemplo, un primer paso hacia el establecimiento de un sistema de tributación internacional orientado a proporcionar una transferencia automática de recursos a la ayuda para el desarrollo. Unidos esos ingresos a la liberación de fondos provenientes del desarme, la tributación internacional podría incluso sustituir en un futuro indeterminado a los programas tradicionales de asistencia.

Mientras no se acuerde el establecimiento de estos nuevos mecanismos, recomendamos firmemente que la corriente de recursos internacionales hacia los países del Tercer Mundo se incremente lo más posible y se destine rigurosamente a satisfacer las necesidades básicas de los estratos más pobres de la sociedad.

La ciencia y la tecnología deben responder a los objetivos que estamos señalando, puesto que los patrones actuales de la investigación y el desarrollo científico no contribuyen efectivamente a ello.

Hacemos un llamado especial a las universidades, instituciones de educación superior, organizaciones de investigación y asociaciones científicas de todo el mundo para que reconsideren las prioridades señaladas a sus objetivos actuales. Conscientes de los beneficios que se derivan de la investigación libre y básica, nos parece oportuno recordarles que existe una gran reserva de energía creadora subutilizada en toda la comunidad científica del mundo que debería orientarse más hacia la investigación para la satisfacción de las necesidades fundamentales. La investigación de esas posibilidades subutilizadas deberá realizarse, en la medida de lo posible, en los países pobres, contribuyendo de ese modo a evitar la fuga de cerebros.

Un rejuvenecido sistema de las Naciones Unidas debería dirigirse especialmente a fortalecer cuantas capacidades de investigación pueden existir en cada lugar, así como a realizar una evaluación tecnológica en los países en vías de desarrollo, con el fin de promover la cooperación entre los mismos en esos aspectos y de dar apoyo a la investigación para que se utilicen mejor y en la forma más imaginativa posible recursos que son potencialmente abundantes y susceptibles de satisfacer las necesidades más fundamentales de la humanidad.

Al mismo tiempo, deberán fomentarse en todos los países nuevas concepciones de estilos de desarrollo. Ello requiere imaginación para investigar otras pautas alternativas de consumo, mejores tecnologías para el uso de la tierra y el establecimiento de los marcos institucionales y de los requisitos de enseñanza necesarios para llevarlos a la práctica. La absorción excesiva de recursos y los desperdicios que significa el sobreconsumo deberían moderarse al mismo tiempo que se incrementa la producción de los bienes esenciales que deben recibir los sectores más pobres de la población. Tecnologías no contaminantes y de bajo nivel de desperdicio deben sustituir de inmediato a las que degradan la pureza del ambiente. Podrían desarrollarse sistemas de asentamientos humanos más armónicos para evitar que las zonas metropolitanas sigan congestionándose más de lo que ya lo están y evitar la marginación cada vez mayor de las zonas rurales.

Los nuevos estilos de desarrollo tendrán que implicar forzo-

samente en muchos países subdesarrollados un uso mucho más racional de la fuerza de trabajo disponible, y su más amplia utilización en programas encaminados a la conservación de los recursos naturales, el mejoramiento del ambiente, la creación de infraestructuras y de servicios para producir más alimentos, así como para reforzar la capacidad de las industrias locales productoras de artículos de primera necesidad.

De establecerse un orden económico internacional más equitativo, muchos de los problemas a que dan lugar la mala distribución de los recursos y el inadecuado uso del espacio podrían resolverse haciendo cambios en la geografía industrial del mundo. Las consideraciones expuestas sobre la energía, los recursos naturales y el medio ambiente justifican sobradamente las aspiraciones de los países pobres, puesto que en esa forma podrían ver considerablemente aumentada su participación en la producción industrial del mundo.

También deberán efectuarse otras muchas experiencias sobre el terreno. Consideramos que los esfuerzos que está efectuando el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) en la elaboración y el asesoramiento, a nivel local y regional, de estrategias y proyectos de desarrollo socioeconómico, ecológicamente racionales (ecodesarrollo), representan una importante contribución a la tarea señalada.

Se deberán tomar también las providencias necesarias para que el público aprenda por sí mismo, prácticamente, a hacer el mejor uso posible de los recursos específicos del ecosistema en que vive, difundiendo ampliamente las tecnologías apropiadas y la forma de organizarse y educarse para este fin.

Pedimos la colaboración de los líderes de la opinión pública, los educadores y de todos los organismos y grupos para que contribuyan a aumentar el grado de conciencia pública tanto sobre las causas como sobre la gravedad de la situación en que se encuentra la humanidad en nuestros días. Todo el mundo tiene derecho a darse plena cuenta de la clase de sistema del que forma parte como productor, como consumidor y como uno de tantos miles de millones de seres que pueblan la tierra. Tiene derecho a saber quiénes son los beneficiados con el fruto de su

trabajo, a quiénes beneficia con lo que adquiere y con lo que vende y hasta qué punto contribuye él mismo a mejorar o a deteriorar el patrimonio de este planeta que nos es común.

Hacemos una llamada a los Gobiernos para que se preparen para la acción en la sesión extraordinaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas convocada para 1975, con objeto de que se amplíe en ella a sus exactas dimensiones el concepto del desarrollo; para que los objetivos verdaderamente esenciales del mismo reciban la atención que merecen en el sistema de las Naciones Unidas y para que se inicien cuanto antes en el mundo los cambios estructurales que son indispensables.

Afirmamos nuestra convicción de que todo lo concerniente al desarrollo del medio ambiente y al uso de los recursos es esencialmente universal y atañe al bienestar de toda la humanidad; por eso los gobiernos deben utilizar al máximo cuantos mecanismos de las Naciones Unidas puedan contribuir a resolver estos problemas gravísimos. El sistema de las Naciones Unidas deberá ser renovado y fortalecido en la medida que lo necesite para asumir estas nuevas responsabilidades.

5. Conclusiones

En conclusión, estamos conscientes de que se cierne una grave amenaza tanto sobre los *límites interiores* de las necesidades humanas básicas como sobre los *límites exteriores* de los recursos físicos del planeta. También estamos convencidos de que está surgiendo cada vez con más fuerza un nuevo sentido de respeto hacia los derechos humanos fundamentales y hacia la preservación de las condiciones de nuestro planeta, por encima de las agrias diferencias y confrontaciones de nuestros días.

Tenemos fe en el futuro de la humanidad sobre este planeta. Estamos seguros de que se pueden encontrar formas de vida y sistemas sociales más justos, menos arrogantes en sus demandas materiales y más respetuosos del medio ambiente sobre la tierra.

El camino a seguir no debe verse oscurecido por visiones apocalípticas ni iluminado irreflexivamente por un optimismo inconsciente de sucesivas constantes tecnológicas. La actitud a adoptar es la cuidadosa y desapasionada evaluación de los *lími-*

tes exteriores a través de la más estrecha colaboración que conduzca a obtener los *limites interiores* de los derechos humanos fundamentales a través del establecimiento de estructuras sociales capaces de hacer respetar esos derechos y a base de una incansable y paciente actividad en el diseño de nuevas técnicas y estilos de desarrollo que permitan aumentar la riqueza y preservar el patrimonio de nuestro planeta.